

UN EJERCICIO DE MEMORIA: DIÁLOGO CON EDUARDO REMEDI ALLIONE (1949-2016)

Por Malena Beatriz Alfonso*

Presentación

En el año 2011, me propuse como tema de investigación conocer, para comprender, la experiencia de un grupo de pedagogos y pedagogas argentinas durante el exilio en México. Mi interés se centró en analizar la productividad en materia de conocimiento e intervención de estos sujetos en aquellos dolorosos años. Sin saberlo entonces, comenzaba a adentrarme en el estudio de nuevas aristas del exilio argentino en México: las alternativas y oportunidades de crecimiento y formación de muchos académicos que éste propició, tanto como las renunciadas y heridas que al día de hoy no cierran.

Así fue como conocí y coincidí con Eduardo Remedi Allione (1949-2016) y de esos encuentros e intercambios, se desprende la siguiente entrevista. Algunos fragmentos fueron empleados en mi tesis de maestría; en su totalidad, es la primera vez que ve la luz para ponerse a disposición de nuevas lecturas e interpretaciones de esa verdad revelada, como dice Leonor Arfuch (2010), que el diálogo propiciado por la entrevista ayuda a construir.

La entrevista se realizó el día 18 de abril de 2012, en el cubículo que Eduardo ocupaba en el Instituto de Investigaciones Educativas (DIE), del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados (CINVESTAV); tuvo el objetivo de reconstruir su trayectoria formativa y profundizar en algunos aspectos desprendidos de la lectura de otra entrevista que, al finalizar su estancia posdoctoral en el Instituto de Investigaciones de Ciencias de la Educación (IICE) de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina, en el año 2002, le hicieron a Eduardo y que, gentilmente, me compartió. Por esa razón, en el desarrollo de la presente se encuentran referencias constantes a ésta.

A continuación, el lector se enfrentará a la narración, en primera persona, de “historias simples, que, aunque lejos de los circuitos sacralizados de la oralidad, apuntan a la valoración de lo vivido, lo íntimo, lo cotidiano” (Arfuch, 2010, p. 86). En síntesis, a una puesta en sentido, que hace inteligible lo ocurrido. Asimismo, y por las

características del propio género, se observará la convivencia entre estas historias simples y hechos o momentos que se localizan más allá de la experiencia personal del entrevistado y que forman parte de la memoria social, recuperada desde un presente que renueva recuerdos, olvidos y silencios en cada acto de narrar (Arfuch, 2010).

A Eduardo Remedi, quien me enseñó a pensar con él, aún en su ausencia

MBA: Me interesaría profundizar en algunas cuestiones, unas que tienen que ver con Córdoba, es decir antes de la salida y otras que tienen que ver con las actividades desarrolladas aquí luego de la decisión del exilio. En primer lugar por el CV, sé que te recibiste en el año setenta y cuatro de Licenciado en Educación y en el setenta y cinco de Profesor pero me interesaría saber, una vez graduado, o previo a la graduación, ¿con quiénes trabajaste y dónde? ¿En qué ámbitos te insertaste allá en Córdoba?

ER: El trabajo central, en relación a lo educativo, estuvo ligado a la militancia. Militaba en un grupo político universitario de izquierda que desarrollaba trabajos en diferentes niveles y en los que participaba activamente: por un lado, el trabajo con jóvenes de escuelas secundarias, con grupos de adolescentes de quince, dieciséis, diecisiete años, de formación política o de lo que llamamos en esa época formación política y que consistía en grupos de debates que combinaban lecturas del marxismo-leninismo con análisis de la realidad social observando los niveles posibles de intervención. Mi trabajo era coordinar y conducir los grupos de estudio.

Un segundo trabajo importante de carácter educativo de corte militante, fue el desarrollado y por mucho tiempo en zonas marginadas de Córdoba; en barrios populares utilizando la propuesta de Paulo Freire, de alfabetización y concientización. Fue una experiencia muy importante; si bien era una actividad muy ligada a la intención militante no era ideológicamente militante en el sentido proselitista: no ‘bajaba línea política’ de manera directa, explícita; la actividad se desarrollaba vía alfabetización o en los debates para planificar acciones sobre problemas de servicios: agua, vialidad, pavimentación, alumbrado público, etc., y permitía este juego tranquilo que recuperaba

en la acción los principios de Paulo Freire y que estaban tan unidos a la construcción de un mundo nuevo en la concepción que sosteníamos de una pedagogía de los hombres en proceso de permanente liberación, o bien en la idea de que no hay palabra verdadera que no sea unión inquebrantable entre acción y reflexión. El descubrimiento y el valor de Freire en el despliegue de una acción militante fue central en mi formación y en la idea del porvenir que construíamos en esa época: “Defendemos el proceso revolucionario como una acción cultural dialogada conjuntamente con el acceso al poder en el esfuerzo serio y profundo de concienciación”; era y es una gran idea de Pablo Freire que encajaba exactamente en las intenciones del trabajo que realizábamos con sectores marginales en Córdoba a inicios de los ‘70.

En paralelo, intervenía también de modo militante en una escuela de adultos, una escuela secundaria para trabajadores que funcionaba por la noche y que era una propuesta del sindicato de trabajadores de Obras Sanitarias de la Nación. En esa época trabajaba como empleado administrativo en las mañanas y por la tarde estudiaba en la universidad; de eso vivía. Este trabajo administrativo permitía realizar la acción de la noche; legitimaba la acción en una escuela secundaria para trabajadores que era otra parte de un trabajo de tipo educativo desde la perspectiva militante. Es decir, lo que “aprendía” en la Universidad sobre estos temas... aunque el gran aprendizaje sobre intervención de corte educativo fue en la Normal Superior, estaba muy ligado a una perspectiva militante donde la intervención: barrial, en la escuela para trabajadores, con los grupos de formación de chicos de secundaria que realizaba en esa época, tuvieran la intención de lo político, del quehacer militante como sentido de y en la acción. Esta construcción de sentido de y en la acción, aún permanece.

Nunca trabajé en la universidad; bueno, fui algo así como ayudante alumno, estaba cerca de Justa (Ezpeleta) y de Martha Teobaldo, de Magalí André, una gran pedagoga, gran mujer que menciono (en la entrevista del IICE), pero nunca tuve un trabajo fijo a nivel universitario. No tenía tiempo. Trabajaba como empleado público a la mañana, en la tarde estaba en la universidad en los tiempos que estudiaba y los días que no asistía a clases más los fines de semana generaba mi acción militante en el barrio y el trabajo con jóvenes; en la noche, la escuela para trabajadores.

El trabajo en la escuela para trabajadores fue muy peligroso a partir de que el sindicato fue intervenido por la derecha peronista y luego pusieron al frente a un militar.

La situación era muy complicada y riesgosa: llegó al secuestro y desaparición de profesores. Además la actividad era por la noche, había retenes militares en los puentes, era terrible. Este trabajo lo desarrollamos en el 74, 75 y parte del 76. Estuve en la escuela hasta mediados del 76, porque el nivel de compromiso era muy alto aunque supiésemos de los grandes riesgos que corríamos. Rida, la compañera con la que trabajábamos hombro con hombro en la escuela tuvo que salir del país porque secuestraron al marido, al que luego soltaron y aprovecharon ese momento para irse a Brasil. La situación era muy difícil porque el trabajo no era clandestino, era un trabajo visible y no podías desprenderte de la gente así como así. Había compromisos que cubrir. Militaba en un grupo de izquierda que sostenía fuertes compromisos éticos, no vengo del peronismo.

MBA: Y al momento de la decisión del exilio, ¿por qué elegiste venir a México?

ER: En esa decisión se juegan muchas cosas. Tenía dos posibilidades: Italia por mi ascendencia familiar, y algún lugar de Latinoamérica, por una idea bolivariana. Es decir, todos pensábamos que la revolución era posible, con el ejemplo de Cuba, y que Latinoamérica iba a despertar de las dictaduras.

Dentro de Latinoamérica, México era una gran opción, aunque no tenía idea de lo que era el país y sus posibilidades. Estaba Alfredo (Furlán) y para mí era muy, muy importante el vínculo con él. México conjugaba así por un lado la onda ideológica-política de creer que la revolución estaba por ahí, a la vuelta de la esquina, y los contactos: estaba Alfredo y un gran amigo mío, Dardo, que no es de Pedagogía, es de Historia y parte del grupo político de militancia. Bueno y también, no solamente el afecto, sino las referencias al grupo con el que uno trabajaba militantemente estaban en México. Aunque parte del grupo donde milité fue a Brasil, otra parte a Suecia, el resto a México; algunos más a España, Perú, Venezuela, etc. La gran diáspora de los '70; miles de argentinos huyendo de la feroz, obscena, sanguinaria dictadura.

MBA: Dijiste que estaba Alfredo también aquí, ¿eran compañeros en Argentina?

ER: De militancia entre otras cosas. A Alfredo lo conozco desde la secundaria. La esposa de Alfredo, Graciela, fue mi vecina e íbamos todos a la misma escuela: a la Escuela Normal Superior Dr. Agustín Garzón Agulla. Conozco a Alfredo desde la secundaria, desde el primer año, aunque el chueco iba un año antes que yo éramos compañeros. Son vínculos tejidos en mucho tiempo; vínculos de más de cincuenta años.

La Escuela Normal, que menciono en la entrevista, es muy importante como referente institucional ya que nos otorga identidad por filiación a muchos de nosotros. Es un lugar de gran trascendencia para un grupo de gente que transitamos en la década de los '50 y '60 por la institución. Mucha de la gente que transitó por la Normal Superior, formó parte de grupos de izquierda por la influencia del Partido Comunista (PC) que había en esa época sostenido por muchos compañeros descendientes de israelitas provenientes de familias progresistas, de izquierda y con capitales culturales importantes. Hay toda una historia ahí muy significativa para indagar, recuperar de esta escuela y esa época que no se si se ha realizado. También fue cuna de fachos, de gente de la extrema derecha recalcitrante que todavía circulan en Córdoba y en el país; que tuvieron actuación en la universidad y en los gobiernos de facto en la época de la dictadura.

A Alfredo y a algunos compañeros de esa época de la escuela secundaria sigo ligado intelectual y afectivamente muy fuerte. En la Escuela Normal Superior se produce una marca generacional sorprendente, potentosa.

MBA: En la entrevista que te hicieron, es muy interesante el relato en el que describís las influencias de Argentina y una vez aquí los ámbitos en los que te incorporaste y las acciones que desplegaste. A mí me interesaría saber, a propósito de esos ámbitos, ¿cómo fue el proceso de incorporación?

ER: Tuve mucha suerte. Cuando llegué a México la situación no era para nada fácil; había muchos argentinos, chilenos, etc., el exilio latinoamericano era muy alto y las posibilidades de trabajo, mínimas. México es un país generoso, muy generoso pero existen restricciones. Tenía veintiséis o veintisiete años y con escasa experiencia, o sea éramos criaturas. Un compañero, a quien quiero muchísimo y que hace mucho que no veo, Eduardo Leyva, también pedagogo de Córdoba, estaba acá, le habían ofrecido un

trabajo en Saltillo-Coahuila, en la Narro¹ que no podía aceptar por una situación familiar compleja que estaba atravesando. El exilio fue muy dificultoso para mucha gente por las historias que se suscitaban... entonces me lo ofreció. Fui a entrevistarme con una diputada, una mujer que me impactó porque lo primero que me preguntó era si era socialista y enmudecí. Pensé: “si digo sí, me pone en un avión y me devuelven; pero si digo no traiciono lo que soy”. Dije: Sí. Esta mujer, priísta, la primera Ingeniera Agrónoma del país según su relato, estaba ligada a la corriente política de Luis Echeverría, el presidente que acababa de entregar el poder. Me ofreció un trabajo en una carrera que se estaba armando, muy nueva en la Narro, en Desarrollo Rural, dirigida a jóvenes campesinos e indígenas. La Narro es una universidad agraria del norte del país dedicada, básicamente, a ingenierías. Para esta nueva carrera que estaban diseñando necesitaban a alguien que pudiese trabajar desde una perspectiva pedagógica y con el método de Freire, y les venía como anillo al dedo. El ofrecimiento de trabajo fue impactante porque había muchos exiliados que tenían mucho tiempo buscando trabajo y no encontraban; yo rápidamente, casi llegando, lo conseguí.

Entonces fui a Saltillo, a la Narro. Fue una situación complicada porque no entendía nada, no entendía el lugar, no entendía la universidad, no entendía a la gente. Era una universidad con internado, con ritos de iniciación, novatadas de ingreso violentas: difícilísimos y fuertes para los alumnos de nuevo ingreso. Situaciones que recordaban a los liceos militares argentinos: nefastos, homofóbicos, retrógrados. Esta fue mi primera gran experiencia de inserción institucional en México. El trabajo en sí consistía en dar clases y participar en acciones de campo, de trabajo de campo en comunidades campesinas pobres y desheredadas del norte del país. Conocí el “México profundo” por los chicos que accedían a la carrera y por el trabajo de campo.

MBA: ¿Y esa experiencia en qué año fue?

E. R.: De enero a julio del 77.

MBA: Alfredo relata en la entrevista que mencioné, y consta en tu CV, que te incorporas a la UNAM...

¹ Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro.

ER: Sí, a la UNAM. Ingreso porque Alfredo hace un gran trabajo para convencer a los funcionarios de la UNAM que mi trabajo era necesario, pero no teníamos ninguna certidumbre de contratación. Cuando logro incorporarme, estalla una huelga en la UNAM y a su vez, no podía abandonar de un día para otro el compromiso en la Narro. Esos meses en Coahuila fueron difíciles, no por la situación laboral sino por cuestiones cotidianas. En marzo del 77 llega Susana (García Salord), la madre de mis hijas más grandes, con Julieta de tres años y Soledad de meses. Soledad, la más pequeña, enferma de amibiasis y el médico que la atiende realiza un diagnóstico erróneo: ¡De terror! Bueno, no quiero acordarme, fueron momentos muy difíciles. Nos asustamos un montón y tratamos de buscar un lugar con mejores condiciones. Además la posibilidad de vivir en la ciudad de México era otra cosa y trabajar con Alfredo me entusiasmaba un montón. Al final se dan las condiciones. Fue un momento de transición: venía a México y estaba de lunes a jueves y el jueves en la noche tomaba un camión, doce horas a Saltillo, y trabajaba de viernes a domingo en la Narro. Pese a los viajes, fue una etapa muy interesante.

MBA: **A propósito de esto y en función de las actividades que empezaste a desarrollar aquí en México, en la entrevista del IICE mencionás que la tecnología educativa –dominante en México en ese período- y también una cierta concepción de curriculum como plan de estudios, fueron los marcos desde los cuales, tanto Alfredo como vos empezaron a adentrarse en la pregunta por la intervención docente en la configuración curricular y en las instituciones culturalmente diferentes a las que marcaron tu trayectoria. Además de estas características, ¿qué otras particularidades encontrabas en el campo pedagógico mexicano que diferenciabas de Argentina?**

ER: En Argentina no tenía idea de currículo, de la teoría curricular. El libro de Tyler editado por Troquel se traduce en el año 74, nosotros ya no estábamos en la universidad, y no creo que haya tenido demasiada difusión. En realidad el currículo y la propuesta curricular la aprendimos por un libro de un chileno: Mario Leyton Soto y por los trabajos de la Comisión de Nuevos Métodos de la UNAM. Personalmente no tenía

mucha idea de lo que era teoría curricular en esa época y la verdad no me preocupaba; estaba metido en la militancia, y además en Córdoba no había nadie que impulsara estos temas, era bastante marginal todavía el tema y la situación política nos tenía a casi todos en otros menesteres. No era un tema puesto en la mesa como estaba en México que enfrentaba la masificación de la enseñanza en las universidades muy fuerte y cambios curriculares y propuestas de nuevas carreras. En México, María de Ibarrola y Raquel Glazman habían emprendido un gran trabajo desde finales de los sesenta, con un conocimiento de Ralph Tyler y otros teóricos del currículo, desarrollando cambios de planes en la UNAM, desde la Comisión Nacional de Nuevos Métodos, donde estaba Ma. Esther (Aguirre Lora).

Ellas sí tenían trabajo desarrollado y reflexiones, nosotros no. Poseíamos otras cosas. Creo que nuestra fuerza se basaba en una trayectoria militante que nos permitía “medir intuitivamente” el interés de la gente y diseñar acciones. Se relacionaba también con un trabajo grupal que desplegamos con mucha fuerza. Con Alfredo invertíamos muchas horas reflexionando lo que observábamos en los grupos institucionales y qué acciones emprender. En estas reflexiones y acciones se integraban compañeros mexicanos: Fausto Ortega, Miguel Ángel Campos, Patricia Aristi, Monique Landesmann, etc. Nuestros compañeros y amigos mexicanos aportaban desde sus trayectorias académicas y personales: experiencias, teoría, material bibliográfico que fue enriqueciendo la mirada, la perspectiva de trabajo. En esta época la influencia de la psicología piagetiana y de las perspectivas cognitivas fue muy fuerte. Aparte de leer en paralelo este tipo de textos, recuerdo cartas de mi amiga que vivía en Brasil donde copiaba de forma manuscrita partes del texto a los que accedía para enviarlos. Eran cartas manuscritas larguísimas, no teníamos posibilidad de acceder a fotocopias, era aún una práctica difícil y que suena como si fuese un período muy lejano casi del paleolítico... pero no, fue hace un par de décadas y no tantas.

La importancia de este período fue combinar lo que tocaba de tecnología educativa con lo que portábamos de nuestra propia formación, tanto en la Normal Superior como en la universidad, que nos permitía relacionar de manera muy creativa lo aprendido con lo encontrado en las prácticas. También operaba mucho, en esa época, el diálogo intenso con Alfredo que, por las condiciones de exilio y la tarea a desarrollar en

Iztacala,² convertía al trabajo que desenvolvíamos en la universidad en un lugar de militancia en relación a la responsabilidad y el entusiasmo con que lo efectuábamos. La universidad en esa época era nuestro objeto y como teníamos tanta energía, “militábamos en la universidad” todo el tiempo; digo, no hacíamos política, hacíamos trabajo académico con el interés y el entusiasmo militante. Creo que eso ayudó mucho y marcó, por lo menos desde mi perspectiva, toda esta postura de trabajo en Iztacala, y ese período, del 76 y 77 al 80 y 82-83; fue un gran laboratorio para el trabajo de intervención, para nuestro trabajo, aunado a la generosidad de la gente. Además todos éramos muy jóvenes incluidos la mayoría de los profesores que eran primera generación de universitarios con capitales académicos escasos que se compensaban con un gran entusiasmo. Fue una época intensa de intervenciones curriculares para modificar colectivamente planes de estudios de las carreras del área de la salud y de un trabajo penetrante de formación de profesores.

En esta época se articulan fuertes vínculos con colegas de la UNAM que estaban en otras ENEP y en el CISE (Centro de Investigaciones sobre la Educación) como fue con Ma. Esther, con Ángel (Díaz Barriga), con Alicia (de Alba), con Rosa Ma. Torres y muchos más. Fue también una época de contactos con extranjeros que vinieron como profesores invitados a Iztacala, entre ellos los italianos Antonio Santoni Rugiu y Ángelo Broccoli con una mirada desde el marxismo gramsciano que enriquecía nuestra perspectiva y de la que estábamos ávidos. Grandes pláticas con Ángelo y Antonio sobre marxismo y educación, el lugar del maestro artesano, la participación estudiantil, etc. Todo un banquete que repetimos varias veces.

MBA: A propósito de esto que estás diciendo y también en relación a lo que mencionás en la entrevista, decís que sobre todo con los colegas del DIE empieza a aparecer como tema de indagación, entre otros, la cuestión de los grupos, su conformación y cómo éstos son importantes en el proceso de construcción de la identidad del sujeto. Ahora también nombrabas estas relaciones que se construyeron y a mí me interesaría saber cuán importante fueron esas relaciones o vínculos académicos que estableciste aquí en México.

² Eduardo se incorporó a la entonces Escuela Nacional de Estudios Profesionales (ENEP), Iztacala, en el Estado de México (hoy, Facultad de Estudios Superiores-FES Iztacala).

ER: En la década de los '70, la fuerza estaba dada por esta gente que te comenté, sí fines de los '70 y principios de los '80. Hay algunas cosas escritas de esto que podés ver: trabajos, tesis.

En esa época y en paralelo, empiezo a estudiar sistemáticamente psicoanálisis acompañado de un análisis personal con Raquel Barón y en paralelo el estudio en seminarios con Norberto Bleichmar. El acceso al estudio del psicoanálisis de manera sistemática y mi propio análisis interroga mis prácticas cotidianas de muchas maneras. Dedicué mucho tiempo al estudio de la teoría psicoanalítica: primero en grupos, en seminarios, y después ya sistemáticamente con Néstor Braunstein y con el grupo de gente que había en el CIEP, el Centro de Investigación y Estudios Psicoanalíticos: Mirta Bicecci, Antonio Solís, Daniel Gerber, etc. Muchos de ellos de Córdoba.

El estudio del psicoanálisis se combinó fuertemente con mi estilo de trabajo grupal. Siempre hice mucha intervención grupal, ya en los '70 con Alfredo en Iztacala hacíamos mucho trabajo con grupos y recuperábamos trayectorias de profesores, que fue marcando el trabajo y la reflexión que desarrollé en los '80. Con el ingreso al DIE en el 83 cambian algunas coordenadas que sostenía en la UNAM. Por un lado, el alejamiento del meollo de la práctica que tenía en Iztacala y que me costó bastante, por otro la presencia de perspectivas sostenidas por ejemplo por Justa (Ezpeleta) y su lectura de una sociología gramsciana; Elsie (Rockwell) y su mirada antropológica; María (de Ibarrola) y su lectura del currículum; Emilia (Ferreiro) y su postura piagetiana del proceso de enseñanza-aprendizaje y todos los investigadores que estaban en ese momento en el DIE: Juan Manuel Gutiérrez Vázquez, Olac Fuentes, Eduardo Weiss, etc., que miraban a lo educativo desde diferentes ángulos y con diferentes aportes.

Estando en el DIE no podía usar el psicoanálisis como perspectiva porque no era bien visto, comencé a realizar mediaciones y el currículum vino perfecto como analizador; primero porque ya sabía mucho, tenía una larga experiencia de trabajo en la UNAM, una práctica intensa sin mucho tiempo para reflexionar con distancia del quehacer porque la urgencia de la práctica exigía otras lógicas y la intervención nos pautaba la reflexión en la acción. El DIE posibilitó por un lado tomar distancia de las urgencias de las prácticas y tener tiempo para pensar. Con un grupo de gente joven que eran mis alumnos, mis primeros alumnos del posgrado ayudaron muchísimo al trabajo

de campo, a las primeras investigaciones; no es que yo no hubiera hecho investigación, con Alfredo en Iztacala la hacíamos pero era investigación ligada a la intervención, investigación-acción, en cambio en el DIE era una investigación sin intervención. En el DIE ayudaron muchísimo gente que hoy son grandes investigadores, no porque los haya formado yo sino porque tenían ya pasta de grandes investigadores: Adelina Castañeda, Verónica Edwards, Carlos García, Terry Spitzer, Zardel Jacobo, Ana María Cerda, Mirta Abraham, Aurora Elizondo y muchísimos más que podrás ver en mi CV que fueron mis alumnos y que abrieron un campo de trabajo fructífero. Esta época de los 80, estuvo muy ligada al tema curricular y hacia finales de los '80 es cuando abordamos con más fuerza el tema de las trayectorias.

MBA: Que ya con Alfredo tempranamente habían comenzado a trabajarlas...

ER: Sí, el tema de las trayectorias comenzó a interesarnos a finales de los setenta ligado a grupos de maestros y sus dificultades para ejercer la profesión; se fue afianzando, como estudios particulares de trayectorias de sujetos a finales de los '80. Esto no es casual porque el dominio de la teoría psicoanalítica era mayor y una forma de ligarlo a las investigaciones que realizaba ya que no podía dedicarme a analizar a los maestros, fue en el estudio de las trayectorias que se amarraba a la reconstrucción biográfica y esta perspectiva permitía trabajarlo con mayor soltura.

MBA: Al finalizar la instancia posdoctoral en Buenos Aires y al finalizar la entrevista también, manifestás –textualmente- “hoy me reconozco como un investigador que porta dos vertientes en su formación, en su trayectoria, en su identidad... la otorgada por Argentina en mi juventud, y por México en mi madurez”, y más adelante decís que te reconocés como un investigador *argenmex*. Bueno, estuvimos hablando acerca de lo que Argentina te dio, la cuestión de la militancia, de una perspectiva en la intervención pero me interesaría saber qué fue lo que te dio México.

ER: México me dio muchas cosas.

Primero, la medida. Después, el encuentro con la otredad: la de los otros y la mía.

Comencé a analizarme en México porque me dolía el corazón. Recuerdo que al año y medio de llegar a México fui a un cardiólogo porque sentía dolor en el pecho y diagnosticó una cardiopatía congénita compleja. Muy asustado lo comenté con una compañera médica de Iztacala que me recomendó un médico internista; el médico me revisó, habló conmigo de los síntomas que sentía y dijo: “Los cardiólogos viven de gente como usted. No tiene físicamente nada pero hay especialistas que se dedican a escuchar y creo que debería ir con uno de ellos” Le contesté: “¿Me está derivando a un psicoanalista?”. “Sí”, contestó pausadamente... Entendí que tenía “el corazón partió” como dice la canción y me tiré al diván. En este desencuentro/encuentro con uno mismo uno aprehende al otro que está en uno y no conoce, y a los otros que cree que conoce y desconoce.

En esta búsqueda experimenté la medida a partir de la escucha. Como argentino uno habla muchísimo y los mexicanos saben escuchar; tienen gran experiencia en la escucha y, en la forma de esa escucha permiten que uno se reconozca. Creo que estas cosas son muy fuertes y son constitutivas a un investigador, porque no podés hacer investigación si hablás todo el tiempo. Recuerdo que alguna vez alguien me dijo: “bueno lo que pasa es que uno habla para tapar al otro, para que el otro no hable”; que es un poco lo que hace el maestro: habla, habla, habla y no deja que el alumno hable, se exprese.

Esta parte de apropiación de la medida –prudencia, tacto, discreción- no es poca cosa; es aprender a descentrarse de uno mismo, no ser tan narcisista y, de alguna manera, relativizar el propio saber. Eso también lo aprendí en México: diferenciar el conocimiento del saber; el saber ligado a lo experiencial, en las experiencias como resultados de las acciones cotidianas. Hay una autora, Ágnes Heller, que tiene muchísima influencia en nosotros, *Sociología de la Vida Cotidiana* es el libro de referencia, que estudiábamos en los ‘80 y que desde una lectura asentada en el marxismo da cuenta de estos saberes cotidianos que nos constituyen. En paralelo tuvo mucha fuerza en los sentidos que fui cimentando mi acercamiento a la investigación un autor como Michel de Certeau y su libro: *La Escritura de la Historia*, para pensar la construcción de la otredad. Es un libro ejemplar. Leía también, siempre lo hice y lo sigo haciendo, literatura y poesía: leer a Juan Rulfo, su relato minimalista de *Pedro Páramo*

al que he regresado muchas veces. Leer la poesía de Octavio Paz... Leer *El Laberinto de la soledad*...

México me permite acceder a lo empírico; a un trabajo de campo intenso. México me permitió intervenir en las instituciones; realicé muchísima intervención institucional, curricular; trabajé con el currículo como analizador y eso fue impactante, esto se puede hacer acá, en esta orilla. En Argentina era difícil, no sé ahora, pero no es tan fácil. Yo he hecho intervención en Argentina pero tiene otro tipo de variables.

México me enseñó a investigar; no sabía investigar, aprendí acá a trabajar con el dato, a hacer que el dato hablara y hacer lo que Geertz llamó una descripción densa y no mensa (risas). Vía México me conecté a un montón de autores porque llegaban aquí, porque México tenía y tiene gran apertura a la presencia de investigadores internacionales. Argentina está tan lejos y Córdoba tan, tan lejos que llegan poquitos...

Creo que hay una parte que tiene que ver con el trabajo muy sistemático experimentado acá, con la medida de no adelantar, de esperar antes de hablar y con lo que es el reconocimiento del otro, como ajeno a uno pero al mismo tiempo el otro que interroga, te interroga y cambia tu postura. El lugar de la interrogación, del pensamiento divergente.

¿Qué más me dio México? México me dio el vínculo con pares; pasar de un gran par: Alfredo, articulado en la hermandad, a trabajar con pares y los pares son muchos y en diferentes épocas; pares con los que construimos muchísimas cosas y con los que tengo aún muchas afinidades, mucha cercanía conceptual, afectiva. El encuentro con pares mexicanos ayudó muchísimo a entender desde otro lugar la realidad; la realidad como construcción social. Realidad construida con otros; con los aportes, afectos, fantasmas, etc., etc., de muchos otros. En esta línea la mirada de René Kaës es un aporte fundamental para entender las construcciones del vínculo donde se juegan el sujeto y el otro, la presencia y la ausencia.

Sí, México es mi segunda piel y lo es, no hay manera de negarlo. Está en mí. Quizás una buena metáfora de esto, se refleja en dos productos. Tú leíste la tesis de doctorado escrita en los '90 y esa tesis dice, "escribo sobre Zacatecas porque no puedo hacerlo sobre Córdoba", es cierto y te comenté que la tesis doctoral de Adela (Coria) es la primera tesis de doctorado que dirigí en el DIE y fue sobre Córdoba...

En estos movimientos hay una etapa muy importante en estos últimos diez años. Todo el trabajo, desde que regreso del posdoctorado en Argentina en el 2002, es intensamente sobre México, y cubre historias de universidades mexicanas, todas, excepto la tesis de Adela; el resto, incluso de argentinos que vinieron acá, trabajaron con historias mexicanas. Esto habla de mi inscripción en México, como lugar, una vez más. Hasta el año 2008 el gran tema es historia de las universidades y grupos en las universidades. Hago un fuerte trabajo de intervención en la Universidad Pedagógica, que está en proceso de sistematización, y en ese momento giro mi mirada, mi interés a grupos de científicos: producción, reproducción y legitimación de prácticas.

¿Qué se expresa en el trabajo de historización de grupos e instituciones y con grupos de científicos? Con historias de la universidades trato de dar cuenta cómo un grupo se articula y considero que el trabajo de Zacatecas lo permite mostrar al dar cuenta de la otredad en la institución en los grupos prefundacionales, fundacionales, herederos, desheredados, marginales, etc. Hago historia para entender al otro, nunca hice historia de otra manera. Hago historia también como un ejercicio terapéutico, muy cercano a la lógica que planteó Ricoeur, la historia como terapéutica; y también cercana al psicoanálisis, entre la arqueología que el psicoanálisis hace de ir sacando capas de la cebolla, y la historia que el psicoanálisis construye, por la que el sujeto historiza su propia vida para generar su propios sentidos. Hago y sigo haciendo historia en muchas universidades: Michoacán, Durango, bueno Zacatecas, la UNAM, Sinaloa, o sea recorrimos fuertemente las universidades del país.

Después está también en esta época todo el trabajo con estudiantes indígenas que insiste una vez más en la otredad. El tema del acceso y permanencia de los estudiantes indígenas en las universidades era desconocido y lo desarrollamos en doce universidades mexicanas, en tres países de Sudamérica: Brasil, Chile y Perú y tres de Centroamérica: Costa Rica, Guatemala y Nicaragua. Fue un trabajo intenso, con mucha presencia en campo mostrando las articulaciones, institucionales, de trayectorias, nacionales, étnicas, etc., etc. Un trabajo apasionante que nos llevó desde el sur de Chile al Amazonas, desde Cusco a Guatemala.

Por último está el tema de los científicos: cómo produce un científico. Tema que tiene que ver con una inclusión en los sistemas de valoración, o sea el haber sido árbitro e intentar comprender la producción de los otros. En este caso particular interesa: cómo

se construye realidad y cómo produce el otro, el otro que está muy lejano a nosotros en el plano de lo que construye.

MBA: Y finalmente, ¿qué implicaciones tuvo para ti haber vivido el exilio y no retornar a Argentina?

ER: Volví a Argentina en el año 83, 84, o sea una vez que se restableció la democracia. Llegué a Argentina y habían pasado muchas cosas; entre otras cosas, mi madre me pidió que fuéramos a la tumba de mi padre y cuando llegamos a la tumba vi mi nombre... bueno, porque tengo el nombre de mi padre y como sabrás en Argentina no usamos el segundo apellido. Eso fue un golpe brutal porque lo que veía era mi nombre y otra vez la culpa por estar vivo, y el fantasma de la traición cometida para seguir viviendo. Esto es un tema de muchísimos años de análisis, es decir el problema del sobreviviente: qué dejaste de hacer o qué hiciste para vivir.

El otro tema, cuando regresé a Argentina de visita la primera vez, era no entender qué pasaba, vivía situaciones extrañas. Por un lado, un grupo de gente que defendía y se vanagloriaba de la guerra de las Malvinas, te hablo de gente de mi generación, ligada a mí, no de derecha sino que habían estado en la militancia. El tema Malvinas, que habíamos vivido con horror desde México, era sostenido en otro registro. En lo cotidiano era un país prepotente, me volvía loco. Un país que estaba saliendo de la dictadura, que la gente llamaba *proceso* y me indignaba porque eso era una dictadura, tenía formas autoritarias, te estoy hablando del año 84. No aguantaba el tono de voz, las actitudes, etc. Claro estaba desacostumbrado, no había regresado en ocho años, no había vuelto, no podíamos regresar; además iba con mis hijas que eran pequeñas, y una de ellas lloraba y decía: “¿por qué todo el mundo se pelea?”. Claro, era el tono argentino coloquial en la mesa y a los gritos, en la calle, que Soledad no entendía y pensaba que todo el mundo se peleaba. Estas cosas fueron muy impactantes y no fue un buen encuentro. Fue un desencuentro, entre lo de mi padre, había muerto una hermana también y el no sentirme de ahí en lo cotidiano. Me desencontraba por muchas razones, entre las que estaba mi nombre que era el nombre de mi padre. Recuerdo que leí en esa época un libro de Josefina Vicens que comienza con la siguiente frase: “todos hemos

venido a verme”, *Los años falsos* se llama y claro la frase tiene que ver con la tumba del padre y una historia parecida.

Unos días antes de regresar a México, sueño que estoy en la fila de una parada de ómnibus en Argentina y escucho hablar a dos mexicanos a los que les digo: “Ah!, también soy de allá”. Me miran y dicen: “No, no eres de allá”. Esta fue la sensación, no ser ni de allá ni de acá por esta onda de que seguía siendo reconocido en México como argentino, sigo siéndolo, pero en esa época me jugaba una identidad más de acá que de allá. Bueno, las condiciones laborales tampoco lo permitían, había acumulado en México una historia que era muy difícil transferir a Argentina; bueno, seguramente si hubiera vuelto hubiese hecho cosas pero... No, además perdí los códigos.

Regresé a México y estuve cuatro años sin volver a la Argentina, regresé hasta 1988. No quería volver porque me costaba el desencuentro afectivo, cotidiano. Habíamos crecido muchísimo en México, por la facilidades del exilio, porque no habíamos tenido censura, porque habíamos tenido libertad para trabajar, para investigar; tenía muchos amigos acá, mucha identidad armada acá, eso era para mi central. En esa época construí una frase en la que decía que volvería a Argentina siempre y cuando fuese en un chárter con todos mis amigos de acá, me volvería con todos mis amigos mexicanos, con la gente con la que había construido identidad, con mis colegas más todos los amigos, o sea, volvería a Argentina con México

Alguna vez leí una frase muy hermosa de Pablo Neruda, hablando de México. Pablo Neruda que vivió acá, decía que México siempre va a circular en sus venas como un águila a contramano. De alguna manera es la sensación con Argentina, circula como a contramano... Y bueno, sigo leyendo periódicos argentinos, enojándome con las cosas que leo (...) porque no entiendo, porque me parecen desagradables. Me entusiasma que la gente joven avance y por otro lado me llama la atención, en lo político, el desconocimiento que existe. Me hartan los viejos de mi edad que ya están de partida pero que no se van, me impresiona la meritocracia en Argentina... Es un país que me cuesta mucho entender; pero donde todavía tengo grandes amigos y además también me seduce, de alguna manera, el pensamiento de algunos argentinos.

Claro que si me decís de dónde sos, todavía no sé si soy de allá o de acá. Tengo y voy a morir con esta dualidad. Más que dualidad es una banda de Möbius, una cinta continua sin anverso ni reverso, sin faz y envés, sin cara o cruz...

Referencias Bibliográficas

- Alfonso Garatte, M. (2015) *De huellas, aprendizajes, legados y no retornos. La experiencia de un grupo de pedagogos argentinos en el exilio mexicano (1975-1983)*. México: Consejo Mexicano de Investigaciones Educativas A.C. (COMIE) Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Colección Tesis COMIE.
- Arfuch, L. (2010) *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires: Paidós.
- Larrosa, J. (2010) *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.
- Lion, C. y Mansur, A. (2002) “Una estancia posdoctoral en el IICE: entrevista a Eduardo Remedi”, *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*, Nº 20, año 10. Buenos Aires: Miño y Dávila.

***Malena Beatriz Alfonso**. Profesora en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina (2003), y Maestra en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México (2013). Actualmente doctoranda del Doctorado en Pedagogía, UNAM (generación 2014-2018). Desde el año 2011 se dedica al estudio de la historia reciente de la educación argentina y mexicana, indagando en la incidencia pedagógica del exilio argentino en México. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: “El exilio como viaje de formación y conocimiento. El caso de Azucena Rodríguez Ousset en México (1976-1983)”, *Historia de la Educación. Anuario*, vol. 17, Nro. 2. Buenos Aires: SAHE, 2016. Información de contacto: malenalf2001@gmail.com Dirección postal: Calle Silos Nº 94, Colonia Minerva (C.P. 09810), Delegación Iztapalapa, Ciudad de México. T.E.: +52 55 5445 8527